

Roger Rosenblatt

Desayuno
en
familia

Traducción:

JOFRE HOMEDES BEUTNAGEL



MAEVA

Cuando buscas un diente perdido en los posos del café, el truco es que no te despisten los grumos. La única manera de asegurarse es deshacerlos uno por uno entre el pulgar y el índice, lo cual deja las manos hechas un asco. Esta mañana, Ginny y yo nos hemos pasado unos veinte minutos registrando el cubo de basura de la cocina en busca del diente delantero izquierdo de nuestra nieta Jessica, de siete años. Tras varios días moviéndose sin desprenderse del todo, el diente acabó en un cuenco de cereales Apple Jacks. Yo lo envolví en una servilleta de papel, para que no se perdiese, y lo dejé en la encimera, pero Ligaya, la niñera de Bubbies, lo confundió con basura. Bubbies (James) tiene veinte meses, y es el menor de los tres hijos de nuestra hija Amy. A Sammy, de cinco, no le interesa la búsqueda del diente, y Jessie no está al corriente de ella. Nuestra esperanza es encontrarlo, y que a Jessie no le preocupe la posible ausencia del ratoncito Pérez.

Actividades como esta conforman nuestra vida desde que Amy murió el 8 de diciembre de 2007, a

las dos y media de la tarde, hace seis meses. El día de su muerte, Ginny y yo vinimos en coche desde nuestra casa de Quogue, en la orilla sur de Long Island, hasta Bethesda, Maryland, donde vivían Amy y su marido, Harris; y ahí seguimos desde entonces, con el beneplácito de Harris.

–¿Cuánto os vais a quedar? –preguntó Jessie la mañana siguiente.

–Siempre –dije yo.

Amy Elizabeth Rosenblatt Solomon, de treinta y ocho años, pediatra, casada con el cirujano de manos Harrison Solomon y madre de tres hijos, se desplomó en la cinta de correr de la sala de juegos de la planta baja de su domicilio.

–Se la han encontrado Jessie y Sammy –nos explicó por teléfono nuestro hijo mayor, Carl.

Carl vive en Fairfax, Virginia, bastante cerca de Amy y Harris, con su esposa Wendy y sus dos hijos, Andrew y Ryan. Jessie subió corriendo en busca de Harris.

–Mamá no habla –le dijo.

Harris tardó pocos segundos en llegar junto a Amy y practicarle un masaje cardíaco, pero el corazón se había parado, y fue imposible reanimarla.

Se determinó que Amy había sufrido «muerte súbita por implantación anómala de la arteria coronaria

derecha»; es decir, que sus dos arterias coronarias desembocaban en el mismo lado de su corazón. Normalmente las arterias están situadas a ambos lados del corazón, y de ese modo, si falla una de las dos, la otra puede seguir funcionando. En el corazón de Amy estaban juntas. Es posible que quedasen constreñidas entre la aorta y la arteria pulmonar, la cual puede ensancharse durante el ejercicio físico. La circulación sanguínea se cortó. La dolencia de Amy, que afecta a menos del dos por cien mil de la población, era asintomática. Podría haber muerto en cualquier momento de su vida.

A ella le hubiera gustado la claridad del veredicto. Ya de niña, Amy era una persona muy clara; su intuición sabía reconocer lo más sensato en cada circunstancia. Tenía la frente muy amplia, el pelo oscuro, casi negro, y los ojos marrón claro. Segura de sí misma, a la vez que desinteresada, nadie que la tuviera delante podía dudar de que le dedicase toda su atención.

A veces, de tan clara, podía ser dura con su propia familia, sobre todo con sus dos hermanos. A Carl y John, nuestros dos hijos pequeños, les dejaban helados los reproches de Amy por delitos como el de invadir su habitación. De vez en cuando también te pinchaba suavemente con su ingenio. Justo antes de que se licenciase en medicina por la Universidad de Nueva York, su clase me pidió que fuera yo el orador. En esa facultad es tradición que al nuevo licenciado le ponga el birrete un antiguo licenciado. Decidieron que a Amy

la «tocase» Harris, que se había sacado el título el año anterior. La noche antes de la ceremonia, durante la cena, un amigo comentó:

–Qué bien, ¿no, Amy? El discurso de licenciatura lo hará tu padre, y el birrete te lo pondrá tu novio.

–Sí, muy bien –dijo Amy–; y también está muy bien que me licencie.

Pero su claridad al mismo tiempo contribuía a su bondad. A los seis años, la llevé con tres amigas a una fiesta de cumpleaños, y una de las tres se mareó en el coche. Las otras se apartaron, gritando «¡oh!» y «¡ecs!», cosa que no se les podía reprochar. En cambio Amy fue a consolar a la mareada.

Ginny y yo pasamos de vivir en una casa de cinco dormitorios, con sala de televisión y cocina grande, a hacerlo en un solo dormitorio con baño en *suite*: el apartamento de los suegros, que solíamos ocupar durante nuestras visitas, acondicionado en un receso de la sala de juegos de la planta baja. Pusimos una cómoda y una mesa, y Harris añadió una tele y una alfombra. Podría parecer una pérdida de confort, pero cuanto mayor te haces, menos espacio necesitas (y deseas). Por otra parte, hemos conservado la casa de Quogue.

Me di cuenta de que no podía escribir, ni quería. Sí podía dar clases, que me ayudaban a sentirme

útil. Los domingos voy en coche desde Bethesda a Quogue. A principios de semana doy mis clases de literatura inglesa y mis talleres del máster de escritura creativa en la Universidad de Stony Brook, y vuelvo a Bethesda. Son unas cinco horas en coche, y un depósito de ida y otro de vuelta, pero se tarda menos que en avión o en tren.

Durante aquellas primeras semanas, mi agresividad al volante era un peligro. Me peleaba sin motivo con los dependientes de las tiendas. Perdí los estribos con una alumna que me llamaba demasiado a menudo para hablar de sus estudios. Me exasperaba oír hablar sobre la muerte de Amy con tópicos en boga como «desaparición» y «final». Insultaba a Dios. En cierto modo, la fe en Dios no hizo menos comprensible la muerte de Amy, sino todo lo contrario, ya que el Dios en el que creo no es benévolo. Todo le es indiferente. Un amigo mío que recibió la noticia durante un viaje a Jerusalén empezó a dar patadas al Muro de las Lamentaciones, mientras decía: «¡Vete a la mierda, Dios!». Exactamente lo que sentía yo.

¿Cuál es la chaqueta favorita de invierno de Jessie? La azul, no la rosa, aunque su color preferido sea el rosa. Sammy, los Froot Loops o los Cheerios multi-cereales los prefiere con leche entera. Jessie solo bebe leche de soja Silk. Le gusta tomarse un vaso con el desayuno. Sammy prefiere el agua. Eran datos que había que absorber con rapidez. Sammy se identifica con el Power Ranger plateado, y Jessie con el

rosado. Los amigos de Sammy se llaman Nico, Carlos y Kipper; las de Jessie, Ally, Danielle y Kristie. Había que organizar invitaciones (a casa o a fiestas de cumpleaños), llenar los formularios del colegio... Sammy va a un jardín de infancia privado, el Geneva, y Jessie a Burning Tree, el colegio público del barrio. Hubo que aprenderse sus horarios.

Me acostumbré otra vez a aspectos de la infancia que se me habían olvidado. Reaparecieron en mi vida los juguetes que hablan. Voy con mi familia por algún aeropuerto, y de repente se filtra por la maleta la voz de un muñeco de ventrílocuo de película de terror. «¡Al infinito y más allá!», dice Buzz Lightyear. «¡Ayúdame!», dice un teléfono parlante. «Soy un cerdo—dice otro juguete—. ¿Podemos parar?»

En todo el proceso hubo dos cosas que nos fueron de una utilidad incalculable. En primer lugar, Leslie Adelman, una amiga de Amy y Harris, y madre de amigos de los niños, creó una web donde invitaba a cocinar para nuestra familia. Leslie, nuestra nuera Wendy, Laura Gwyn (otra amiga y madre del mismo colegio) y Betsy Mencher, compañera de universidad de Amy, mandaron e-mails, y en poco tiempo la lista abarcaba a cien personas: familias del colegio, amigos y colegas de Amy y Harris, vecinos... Los participantes nos dejaban en la puerta una nevera azul con la cena. Entre mediados de diciembre y principios de junio recibimos comida cada dos días, en cantidad suficiente para las noches intermedias.

Lo segundo fue un consejo totalmente atinado que Harris recibió de la niñera de Bubbies, Ligaya, una mujer menuda y ágil de poco más de cincuenta años. Sé poco de su vida; solo que es filipina, que en su país tiene una hija y un hijo mayor, gerente de restaurante, y que, junto a una ética laboral de acero, posee la flexibilidad necesaria para hacer frente a cualquier contingencia. También demuestra su sentido práctico de las formas al llamar James a Bubbies, sin usar el apodo inventado por Amy, para salvaguardar el más respetable de ambos nombres de cara al futuro. Ligaya modificó su horario para estar con nosotros doce horas al día y cinco días por semana, un regalo indispensable, sobre todo para el niño a su cargo, que se ríe encantado al oír la llave en la puerta de casa. Fuera de la familia, nadie podía haber sentido con mayor intensidad la muerte de Amy, pero lo que le dijo a Harris, y a los demás, fue imparcial: «No sois los primeros que pasan por algo así, y estáis más capacitados que la mayoría para sobrellevarlo».

Bubbies busca a Amy con la mirada, dice «mamá» al verla en fotos, y se aferra a su padre. Es rubio, y en su rostro abundan los silencios atentos. Cuando está a solas conmigo, juega contento. Le he enseñado a hacer chocar nuestras palmas. Después me

tambaleo por la habitación, para demostrarle lo fuerte que es. Le gusta coger un bote de un armario de la cocina, barritas dietéticas Zone de otro, depositar las barritas en el bote y taparlo. Así se distrae un buen rato. Siempre que Harris entra en la cocina, Bubbies lo suelta todo, corre hacia él y se le agarra a las rodillas.

Jessie es alta, también rubia, con una expresión siempre al límite del entusiasmo. Amy decía que nunca había conocido a nadie tan optimista. Se entusiasma con su clase de hip-hop, con el concierto que ha organizado el colegio en recuerdo de Amy, con recaudar dinero para una beca creada en su nombre por la facultad de medicina de la Universidad de Nueva York, con ir a ver *El cascanueces...*

–Haz el baile del Cascanueces, Boppo –dice.

(Ginny es Mimi, y yo Boppo.)

Y me lanzo a mi improvisado ballet, cuyo punto culminante es menear el culo como los ratones bailarines. Otro motivo de entusiasmo para Jessie es nuestro viaje en enero a Disney World, la aventura que Amy y Harris habían planeado para ellos dos y los tres niños, meses antes de la muerte de Amy. Hablamos de lejanos planes de verano en Quogue. Jessie se entusiasma.

Sammy también es alto, con el pelo oscuro, y ojos separados y pensativos. Me trae un libro sobre una oruga, para que lo lea. Me trae otro que estaba en casa por casualidad, y que se titula *Vidas. La manera*

bonita de explicar la muerte a los niños. Pone: «Todo lo vivo tiene un principio y un final. Lo del medio es la vida». Las lecciones se ilustran con imágenes de pájaros, peces, plantas y personas. Me recuesto en el sofá, con Sammy en el hueco de mi brazo, y le leo lo hermosa que es la muerte.

Como otras familias no religiosas, la nuestra tiende a ser selectiva con las festividades, y a adoptar lo más atractivo para los niños: en Pascua, los huevos y el conejo; en Navidad, el árbol y Papá Noel. Amy, como era propio de ella, había hecho los preparativos navideños con mucha antelación. La casa estaba llena de regalos escondidos para Jessie, Sammy y Bubbies, sin envolver. Los adornos tradicionales, y los que había hecho Amy con sus manos, ya estaban fuera de su almacenamiento anual: figuritas pintadas, como de barro, que representaban a una familia cantando villancicos en fila, fotos de su familia creciendo año tras año... Y también otros adornos más antiguos, recibidos de Ginny y de mí. El árbol lo eligieron Amy y Harris la misma mañana de su muerte. Durante los primeros días de luto, se quedó en el porche, apoyado contra un poste en un ángulo de cuarenta grados, con el tronco en un cubo de agua. Al final lo metimos en casa y nos concentramos en dar a las fiestas la apariencia más normal que se pudiera.

En Nochebuena, Ginny hizo pavo para Harris, para mí y para John, que vino de Nueva York a pasar unos días. Yo les leí a Jessie y Sammy *La noche antes de Navidad*, como se lo había leído a nuestros tres hijos, añadiendo explicaciones absurdas, y fingiendo enredarme con palabras como «corceles», en un esfuerzo por retener su atención. El año anterior se habían impacientado al llegar a «...y por toda la casa». Aquel año lo escucharon entero. Cuando los niños ya estaban acostados, Ginny, Harris y yo abrimos algunos de los juguetes que estaba a punto de traer Papá Noel. Jessie todavía se lo cree, porque quiere. A ella le tocó una muñeca American Girl, a Sammy disfraces y DVDs de los Power Rangers, y a Bubbies un perro con mando a distancia, un cachorro de *beagle* que caminaba, se sentaba y ladraba con voz aguda. Los juguetes que requerían montaje corrieron a cargo de Harris, que tardó media hora en ensamblar una pista de carreras eléctrica que en mi época de padre joven me habría costado medio día; y por si fuera poco, a él no se le desmontó. También fueron Harris y los niños quienes adornaron el árbol, y Harris quien colgó las luces blancas.

Carl, Wendy y sus hijos suelen pasar las navidades en Pittsburgh, con la familia de Wendy, así que pasaron en vísperas de Nochebuena para el intercambio de regalos. Carl y yo le dimos a Harris entradas para el Masters de golf, en abril. Siempre había querido verlo. Le compramos dos entradas, para que

pudiera invitar a algún amigo. Más tarde nos enteramos de que había previsto ir con Amy el año siguiente, al cumplir los cuarenta. Como fue una idea de último minuto, las entradas las teníamos reservadas, pero no en la mano, así que Carl se inventó una presentación elegante del regalo, como si fuera el anuncio de un premio. El texto tenía como fondo el campo del Masters, en Augusta. Queríamos esconder el regalo en una chaqueta de deporte de color verde chillón, como la que reciben los ganadores del Masters, pero al no encontrarla tuvimos que conformarnos con una cazadora verde aceituna. Cuando se la dimos, Harris pensó que el regalo era la cazadora, y se puso muy contento. Nosotros le dijimos que buscarse en el bolsillo interior. Cogió el papel con las dos manos, lo enseñó, se levantó y se echó a llorar.

Comprar entradas para el Masters fue idea de Carl. Suele hacer cosas así. En cierto modo es una fusión de rasgos de Amy y Harris: siempre piensa en los demás, pero al mismo tiempo, todo le sale sin esfuerzo. Tiene la cara transparente y viva de esa gente que te hace estar a gusto en sitios raros, que te llama en medio de una multitud y te hace señas. A la salida de la universidad empezó a trabajar como periodista deportivo, pero en vista de que no llegaba a ningún sitio se dedicó al mundo de la empresa, y ascendió

inmediatamente a cargos directivos sin haber hecho ni un máster. Logra que sus subordinados se sientan útiles, y valorados. Es todo un señor. La paternidad le sienta fabulosamente. Además, nunca he visto a nadie que aprenda tan deprisa. A los tres años entendió las fracciones estudiando el cuentakilómetros de nuestro coche, que funcionaba por incrementos de décima de milla. Al calcular parecía en trance, como ahora cuando le pido que me resuelva lo que para mí es un problema matemático. Parece que se acuerde de cada minuto de su infancia. La mayoría de sus recuerdos son buenos, afortunadamente para Ginny y para mí, que tendemos a acordarnos más que nada de nuestros errores. Sus recuerdos de Amy (un episodio de mal humor, o de exasperación con él) son muy graciosos. Le están saliendo canas.

Es enero de 2008. A finales de la tarde, en nuestra habitación de hotel de Disney World, Ginny está sentada con Bubbies en brazos. Por fin se ha dormido, después de un par de horas corriendo por un prado, y escapando cada vez que intentábamos devolverle al cochecito. Ayer, al quedarse solo conmigo, se cayó de cabeza en un camino, lloró con ganas un par de minutos y luego insistió en que le dejase otra vez en el suelo, para seguir corriendo por el aire invernal. En el centro de Florida llevaban años sin pasar tanto frío.

Mientras Harris se llevaba a Jessie y Sammy a Space Mountain, nosotros nos quedamos con Bubs, que se embarcó en otra tanda de movimiento perpetuo. «James, estás descontrolado», decía siempre Amy. Al final, Bubs se cansó, y me lo llevé yo arriba, a nuestra habitación, donde se revitalizó y correteó un poco más. Le di de comer trozos de manzana, masticándolos un poco porque estaban duros, y al final se durmió.

Jessie estaba tan excitada por el viaje, que les contó a sus compañeros para cuándo lo estaban planeando. Dio la casualidad de que aquel día Amy hacía de voluntaria en su clase. También había ido a verles la directora del colegio. Al oír las fechas de boca de Jessie, la directora puso cara de consternación. «Uy, Jessie, esos días no te puedes ir –dijo–. Hay colegio.» Amy, contrita, saludó amigablemente con la mano, tratando de esconderse tras una de las mesas de los niños.

La luz que entra por la ventana es fría y débil. La tele está apagada. Del pasillo del hotel no llega ningún ruido. Todo es silencio en Disney World. Ginny está sentada en la punta de la cama, de espaldas a mí. Le veo el cogote, y la coronilla de Bubbies justo encima de su hombro izquierdo.

Empezamos a encajar en casa de Amy y Harris. Solo la conocíamos como invitados, de haber pasado

algunos días, o a lo sumo una semana. Ahora es nuestra, sin pertenecernos: familiar y extraña. Aprendemos a cerrar con llave la puerta de vidrio entre la cocina y el porche. Aprendemos a usar el lavavajillas y el termostato. Aprendemos dónde se guardan las herramientas, los alargadores, el celo y las bombillas. Tomamos nota de los cajones para la ropa de los niños, y de la ubicación de los libros y juguetes favoritos, como Balloon Lagoon, Cariboo, The Uncle Wiggily Game y Perfection. Dado que una de las principales ocupaciones de Bubbies es meter mano en el armario de los juegos y arrojar su contenido por el suelo (con la frecuente y consiguiente pérdida de piezas esenciales), pronto ya no tiene sentido aprender dónde se guardan.

De lo más básico se encarga casi siempre Ginny, que prepara a diario la ropa y las cosas de los niños, supervisa el cepillado de dientes, peina a Jessie y revisa las mochilas. Casi no hay ni un momento en que no esté de servicio. Harris le ha dado el móvil de Amy, y Ginny se ha grabado su propio mensaje en el contestador. Cualquiera a quien le salte oír: «Hola, has llamado al 301...», seguido por un «¡Mimi!» (Jessie, que necesitaba algo en plena grabación).

Yo hago recados, como llevar a los niños en coche si tienen que ir a algún sitio, o comprar comida en Whole Foods o Giant. De vez en cuando aporto alguna idea. Poco después de la muerte de Amy, instituí «la palabra de la mañana». Al principio del día escribo una palabra en un post-it amarillo, y lo pego en un lado de

una caja de madera para *kleenex* que siempre está en la mesa de la cocina. De costumbre, la palabra me da pie a algún juego (como pedirles a Jessie y Sammy que encuentren otras palabras dentro de ella), o incorporo un dibujo. Cuando la palabra de la mañana fue «ecuestre», dibujé un caballo que se parecía mucho a un caballo. Intento encontrar palabras que supongan un esfuerzo para Sammy, pero sin ser demasiado fáciles para Jessie; y si se me ocurre alguna que contenga elementos interesantes, como letras mudas, mejor. La primera palabra de la mañana fue «hinchar». Sammy dijo: «Mañana pon una palabra tonta, Boppo». La palabra de la mañana siguiente fue «cacota».

Soy el primero en despertarme; normalmente hacia las cinco, para la única tarea doméstica que tengo dominada. Después de poner la palabra del día, recoger el lavavajillas, poner la mesa para el desayuno de los niños y servir los MultiGrain Cheerios, Froot Loops, Apple Jacks, Special K o Fruity Pebbles, tuesto el pan. Saco la mantequilla para que se ablande, y pongo tres rebanadas de Pepperidge Farm Hearty White en el horno tostador. A Bubbies y a mí nos gustan las tostadas solo con mantequilla, mientras que Sammy las prefiere con canela, y sin bordes. Cuando suena el timbre, las saco del horno, las pongo en platos y unto la mantequilla.

Harris suele pasar la mitad de la noche en la camita de Bubbies. Cuando subo, hacia las seis de la mañana, Bubbies vacila, pero al ver mi mirada cómplice abre los brazos y me dice:

-¿Tostadas?

Yo le separo de su padre, le cambio y me lo llevo abajo, para que Harris pueda dormir veinte minutos más.

Sammy se lo toma como algo normal. Una noche en que estamos viendo la tele, sale una madre en el programa.

-Yo no tengo madre -afirma Sammy.

Al principio intentamos explicarle que Amy seguía viva en nuestros pensamientos y recuerdos.

-Mamá aún está con nosotros -dije yo.

Sammy preguntó que dónde. Yo señalé un punto en el aire.

-¿Mamá está ahí?

Dije que sí. Él señaló otro punto.

-¿Ahí?

Dije que sí.

-Está siempre con nosotros, en todas partes -precisé-. Aunque no la veamos, notamos su espíritu.

-¿Ahí? -dijo él.